

Entrevista por Antonio de la Cova con el teniente Vicente Camps Ruiz, en el Bronx, N.Y., el 10 de septiembre de 1974.

Alisté como soldado en el Tercio Táctico del Moncada en 1934, donde estuve hasta 1945. Fui a escuela para cabo, a escuela para sargento, llegué a ser sargento del cuartel maestro, sargento mayor en el regimiento, fui sargento en Palma Soriano, jefe de puesto en Alto Cedro. En 1948 fui a la escuela de cadetes y me gradué de oficial en 1950. Fui a Santiago de Cuba, Guantánamo, jefe de Caimanera, en el 52 estaba en Santiago de Cuba, estuve de jefe en el Escuadrón de Guantánamo, jefe de Escuadrón de Manzanillo, jefe de Baracoa, jefe de Bayamo, de Jiguaní, fui jefe de muchos lugares. Ascendí a primer teniente cuando el 10 de marzo.

Cuando el ataque al Moncada yo estaba en San Luis, a 27 kilómetros de Santiago de Cuba, entre esa ciudad y Palma Soriano. Nos avisaron de Santiago de Cuba por teléfono como había sido el ataque. Tendimos una emboscada entre Dos Caminos y San Luis como a dos kilómetros del puesto. Allí detuvieron a un muchacho y lo llevaron al cuartel porque no tenía identificación. Como yo controlaba la policía y todas las fuerzas que pertenecían al orden público, había puesto dos policías allí, y uno lo trajo en automóvil. Lo interrogué y me dio una serie de datos falsos, y llamé a uno de los jefes de puesto de Marcané para ver si me podía confirmar quien era este muchacho.

Eso fue como a las ocho de la mañana del día 27. Solamente llevaba en el bolsillo una moneda de 50 centavos. Tenía puesto unos zapatos tenis. Le pregunté qué fue a hacer a Santiago y me dijo que fue a los carnavales. Le pregunté que me sorprendía cómo era posible que saliera de Marcané a Santiago de Cuba, y no sacara pasaje de ida y de regreso. Me dijo que había ido en carro con dos amigos. Yo mandé a investigar al jefe de Cuerpo de Alto Cedro y el que decía tenía carro ya lo había vendido, y el otro que decía había ido con él, tenía una pierna fracturada y no había ido a Santiago. El dijo que era de Cueto cerca de Marcané.

Una de las cosas que me hizo pensar a mi que Raúl [Castro] no era campesino, como él había dicho, fue que mientras yo lo interrogaba, lo mandé a quitarse la ropa, porque las armas siempre dejan huella en el hombro, aunque no te golpee, porque al meter el arma en el hombro, te magulla la carne y te deja huella, pero no se le veía nada. Pero al quitarse la ropa noté una prenda que no era propia de un guajiro, porque no había ningún guajiro en aquella época, ni creo que lo hay hoy en día, que usaba calzoncillo atlético. Cuando lo vi, sabía que no era del campo, que era de la población. Muchos guajiros creían que eso era un blumer de mujer.

Entonces lo encaré y le dije que me había dicho mentiras, que ninguno de los dos individuos que él mencionaba habían ido a Santiago de Cuba. Entonces me dijo, "Yo soy Raúl Castro." Yo no sabía quien era Raúl Castro en aquella época, ni Fidel Castro. El apellido me sonó y le pregunté si era familia de Fidel Castro, y me dijo, "Si, yo soy su hermano." Entonces, ¿tú eres uno de los que atacó el cuartel Moncada? Me confesó su participación y que a él lo habían mandado al Palacio de Justicia con unos mas, y que cuando ellos sintieron la ametralladora tirando para allá, dejó las armas, se quitó la ropa amarilla de arriba de la ropa de él y se fue cuando sintió la ametralladora tirando. "Fidel nos dijo que nos íbamos a unir al regimiento que le iba a dar un golpe a Batista." ¿Cómo es posible que si ustedes se van a unir al regimiento para darle un golpe a Batista, entren matando? "Yo no se nada de matar, pero si ví que estaban peleando, y nosotros no podíamos pelear contra ellos porque

estaban mejor armados.” Algunos tenían pantalones de monta sin las polainas. A Raúl se le dio la garantía y a los pocos días lo llevé a Palma Soriano y lo entregué personalmente con los hombres que me respaldaban, dos cabos, porque temía que algo iba a suceder. A mi me trasladaron como al mes y pico para Santiago con la misión de ser el jefe de la custodia para el juicio. El jefe en realidad era el capitán **Pedro Rodríguez Medrano**. El fue un jefe de nombre porque jamás en la vida le puso la mano a un preso, ni fue a conducirlos, el que fue todos los días fui yo. Yo tenía la costumbre de llevar a Fidel junto conmigo. Eran como diez guaguas porque habían ciento y pico de presos. En cada guagua iban cuatro soldados. Llegábamos al Palacio de Justicia y se le quitaba las esposas a todos los presos en un salón antes de entrar a la sala. A Fidel le fueron a quitar las esposas pero no podían porque no trabajaban las llaves, pero al fin le las quitaron. Y yo sí fui amarrado. A mi me sentenciaron a muerte amarrado el 29 de enero de 1959.

Los estuve llevando a juicio todos los días. Desde el primer día él interrumpió el juicio porque tenía el delirio de ser el gran orador y hablaba más de la cuenta. Como interrumpía tantas veces el juicio, lo separaron para juzgarlo después solo. Lo llevaron dos o tres veces nada más. Después lo juzgaron en el hospital civil, junto con dos, uno que estaba herido allí en el hospital. Entonces me tocó llevar a otros que juzgaron en la Colonia Española.

Yo estuve en el juicio cuando juzgaron a Fidel en el hospital. Él hizo su defensa. Quizá dijera el discurso completo, quizá no lo dijera completo, pero me no te puedo decir, pero me parece que no habló tanto para poder decir el libro **La Historia Me Absolverá**. No creo que él lo hablara. Él habló de la misma forma que lo hace siempre, como él habla, que trata de captarse al público. Y como realmente estábamos en un país de derecho, y a él se le considera todo el derecho como abogado, porque no se le pudo conceder a ninguno de los abogados que defendieron otros casos como el caso de Aristides de Acosta Carey, el defensor de [Jesús] Sosa Blanco en el juicio de La Habana y el defensor de alguno de los pilotos, que tuvo que abandonar la sala del juicio antes de concluido. A Fidel Castro se le dieron aquellos derechos. Pudo decir todo lo que quiso, que no pudieron decirlo ninguno de los hombres que juzgaron después del triunfo de la Revolución. Porque todos los cargos se les imputaron a todos. A ninguno se nos dio derecho de ninguna clase, porque no habían pruebas, ni eran necesarias las pruebas para condenar a alguien.

A mi me juzgaron el 29 de enero, para fusilarme el día 30 al amanecer. Tuve la suerte que en el juicio la votación del tribunal no fue unánime, y la ley decía que la pena de muerte tiene que ser por unanimidad y tuvo que ir a apelación con el abogado de oficio. Se cayó la sentencia, sentencia que no apareció luego. Quedé condenado a 30 años y \$50,000 de indemnización, sin prueba ninguna, porque allí no hubo ningún testigo de cargo ni hubo ningún abogado que me defendiera.

Aquel 26 de julio yo tenía unos quince hombres a mi mando en aquel puesto. **Raúl Castro** no llevaba nada con él, solamente una moneda de 50 centavos. Por eso fue que yo le pregunté como era posible que él fue de Marcané a Santiago de Cuba cuando no hay otro medio de transporte que el tren y no sacara pasaje de ida y vuelta. Él iba por la línea del tren. Él vivía en La Habana y había estado en un viaje por los países comunistas y no sabía que las dos personas que decía estaban con él, uno tenía la pierna fracturada.

Me acuerdo que el día antes, o el mismo día que me mandaron la información sobre Raúl fue cuando salió el periódico con el titular que decía que habían matado a Fidel. Le enseñé el periódico y le dije: “Mira, mataron a tu hermano.” Se viró y me dijo: “Murió como quería, pero era un cabrón.” Le dije, “¿Por qué dices eso?” Dice, “Por que nos engañó. Dijo que nos íbamos a unir a los del Moncada para dar un golpe de estado. Yo no maté a nadie. Yo estaba en un lugar que no era misión de matar a nadie y nos fuimos cuando la ametralladora comenzó a tirar. Dejé la ropa amarilla que tenía y me quedé con la de civil. Cogí por toda la línea del tren y dormí en un cañaveral entre Santiago y El Cristo y me cogieron hoy a las 8 de la mañana.” El dijo todo eso espontáneamente, nadie le dijo que lo dijera. Quizás ellos dispararon desde el techo de la Audiencia, quizás no, ahora, él no me confesó eso porque era incapaz de confesar semejante cosa. Yo después lo llevé a Palma Soriano, donde estaba la Jefatura de San Luis, de allí lo trasladaron a Santiago de Cuba. Yo llegué a San Luis a hacerme cargo del puesto el 24 de julio, dos días antes del ataque al Moncada. Treinta y pico de horas antes. El 18 de septiembre me trasladaron para Santiago.

Los presos se trasladaron a la Audiencia desde Boniato con las esposas puestas. A las únicas que no se les puso esposas fue a las mujeres, **Haydée Santamaría** y **Melba Hernández** y a otros que eran políticos. A ellas dos y una muchacha que se llamaba **Lázara [Pérez]** que fue absuelta por completo. Andaba con un amigo, no me acuerdo por que los ligaban a eso. Las dos mujeres estaban en el hospital civil como enfermeras. Lázara andaba con uno de apellido judío, que lo involucraron en el asunto porque creo que el carro de el tenía tiros. Ellas iban en la guagua entre los presos, no podían poner una custodia especial para ellas dos solas. Al único que nunca conduje junto con los otros presos fue a Fidel por temor que me fuera allí a agitar como era el jefe del grupo, y me fuera a crear un problema. Ellos no tuvieron problema conmigo, ni yo con ellos tampoco. Mientras los conduje nunca se demostraron guapos, ni yo con ellos tampoco. Llegaban, les ponía las esposas, y un primo hermano mío que estaba ahí también les ponía las esposas, él era de confianza porque tampoco le gustaba ese maltrato con nadie, y si un hombre esta preso, se le lleva a juzgarlo. Yo siempre he sido enemigo del maltrato, lo mismo a los míos que a los otros, a cualquiera, por eso no se portaron con mal trato hacia mí. Fidel siempre iba en el primer jeep junto conmigo. Un hombre, el chofer, otro hombre, Fidel y yo.

En 1956 me encontraba en Las Coloraditas, territorio del puesto de Niquero. Yo era jefe de la primera tenencia en Manzanillo. Nosotros tuvimos conocimiento del desembarco de Fidel como a las cinco o las seis de la mañana el día 2 de diciembre. Estuvo el capitán **Caridad Fernández**, pero el capitán no fue, ni me envió a mi tampoco. El está muerto, lo fusilaron. Era jefe del Escuadrón de Manzanillo en 1956. Ellos fusilaron a muchos hombres que jamás en la vida le dieron una galleta a nadie. **Eulalio González** nunca en la vida mató a nadie. El era un individuo que hablaba mucho, nunca le hizo nada a nadie, pero para meterle miedo, se ponía a hablar muchísimas boberías, y eso le creo problemas. “El Mulo” le decíamos nosotros. Un hombre grandísimo; bueno, humilde, noble, pero parlanchín, hablaba mucha bobería. A muchos individuos que no hicieron nada, los mataron por hablar y a otros sin hablar, los mataron también.

En el ejército de Cuba nosotros sentíamos por nuestros compañeros tal como si fueran de nuestra familia. Para mí, todo el que llevaba el uniforme amarillo, o el que llevaba el uniforme blanco de

la marina, para mi eran mis hermanos y sentía por ellos también. En el ejército de Cuba habían cosas buenas y habían cosas malas. Teníamos los buenos y algunos que nos traen desgracia, y solamente se miraba la parte mala de la manzana, la parte podrida. Mas era la buena que la mala, pero el pueblo empezó a hacerle caso a Fidel Castro y eran muchas cosas, mucha negligencia de la jefatura. Los hombres que mas se le unían a Batista eran los primeros que lo traicionaron.

Al ejército no le quedó mas remedio que repeler el ataque. El ejército nunca dio la primera galleta, siempre se la dieron a él. El primer caso de rebeldía, o sea, de matanza, que se hizo en Santiago de Cuba, fue el día que juzgaron en el Palacio de Justicia a un morenito que cogieron con dos granadas de mortero. Se llevó a los tribunales y mientras lo juzgaban, los estudiantes, un grupo de revoltosos, en ese momento pasó un muchacho soldado del regimiento de apellido **Boig**, fue después del ataque al Moncada, y le fueron arriba porque iba vestido de uniforme. Por miedo sacó el revolver e hirió a una o dos personas allí. Y por la noche mataron al general Campos, al sargento Ibrahím González, a un policía que estaba en la puerta de guardia. En todos los casos en Santiago de Cuba cuando hubieron muertos, nunca los que murieron estaban vendiendo flores, acaban de matar o acababan de atacar. Otra cosa que provocó la riposta de las fuerzas públicas fue la negligencia del poder judicial. El poder judicial de Cuba siempre fue enemigo del gobierno, de Batista y de cualquiera que estuviera en el gobierno. Siempre fue en contra de todos los gobiernos. Se llevaba a un hombre con todas las pruebas ante un tribunal, y lo absolvían.

Como a las ocho de la mañana recogíamos a los presos en Boniato para llevarlos a juicio. Se regresaba a la una o las dos de la tarde. Cuando los recogía por la mañana, dejaba las guaguas afuera e iba sacando por grupos, eran mas de cien. Estaba Arturo Hernández Tellaheche, Millo Ochoa, y otro político que era representante de Santiago de Cuba. A José Villa Romero nunca me recuerdo que lo llevé con los presos.

Cuando el 56, nunca estuve de operaciones, sino en orden público. Estuve en la población. Estuve en Manzanillo, en Bayamo, y llegué a San Luis el 18 de agosto de 1958 y estuve hasta el 9 de diciembre, cuando salimos para Palma Soriano. A principios de noviembre atacaron aquel puesto y estuvimos peleando desde por la noche hasta el otro día por la tarde que vino el refuerzo. A los dos días, por la mañana, atacaron una patrulla en la calle, y estuvimos peleando como dos días y pico. Por cierto, no teníamos ni parque con que pelear. Los rifles San Cristóbal no servían para nada. Cuando atacaron el cuartel de la Guardia Rural de San Luis tenía como única arma un fusil automático Johnson viejo, además de los Springfield. Yo tenía veinte reclutas acabados de salir de la escuela, e hirieron como a unos diez. No se que cantidad atacaron, pero no pudieron tomar el cuartel. Me quedé sin parque. Entró una compañía al día siguiente para reforzarnos pero a los dos días volvieron a atacar y nos quedamos sin parque porque aquella compañía solo tenía el parque que traía encima. Tuve que repartir bala por hombre, con órdenes de no disparar hasta que no lanzaran un ataque. A las 48 horas nos llegó refuerzo, una compañía con tanques, un helicóptero trajo parque, y nos hicimos dueños de la población otra vez, donde estuvimos hasta el 6 de diciembre. Esa noche atacaron de nuevo, y estuvimos peleando hasta el 9 por la tarde, que llegó un batallón al mando del Comandante Angel Games Sánchez, que está en Miami, con órdenes de retirar el cuartel a Palma Soriano. Mataron a dos hombres, un sargento y un soldado. También a un soldado de la compañía

y un soldado del batallón que mataron en el camino entre San Luis y Palma Soriano. Los enterramos allí. A mi me acusaron también de matar a esos hombres, que yo los había matado porque no me quería rendir. A mi ellos nunca me prepusieron la rendición porque sabían que yo no iba a entrar en componenda, inclusive, seguí peleando hasta el último momento. Antes de retirarme quemé el cuartel, amontóné todos los escaparates y todas las propiedades que había allí, menos las armas y el parque que tenía, me lo llevé, y destruí todo lo demás, el 9 de diciembre. Esa noche acampamos en la carretera y llegamos a Palma como a las 10 de la mañana. Allí estaba el comandante **José C. Tandrón y Femenías**. En Palma por la madrugada atacaron el cuartel de la policía con un bazucazo y fuimos y recuperamos aquello. Hirieron al capitán Bóveda y dos policías, y dejamos tropa allí. En Palma Soriano atacaron en la madrugada del 23 de diciembre y estuvimos peleando hasta las 10 de la mañana del día 26, cuando la tropa no quiso seguir peleando y levantaron bandera blanca. Primero me llamaron y me dijeron que iban a rendirse. Tenía mas de 150 hombres, y quería rendirse un grupo porque los otros estaban en las trincheras. Yo dije que no se podían rendir, pero cuando vine a ver, tenían levantada la bandera blanca. Cuando quise bajarla, me amenazaron con matarme. Les dije, “Acuerdense que ustedes son los responsables de esto y yo no soy responsable.” Ellos estaban cansados de pelear. Llegó el comandante rebelde **Guillermo García**. Yo salí de Cuba por el comandante García. Le pedí que me llevara donde estaba Fidel y Raúl Castro, que me conocían a mi bien, de la prisión y del juicio, y ellos saben que yo soy un hombre de valor.

Yo todo se lo debo al ejército porque fuí un guajirito analfabeto y me hice oficial del ejército. Yo nunca pude traicionar a los míos. Me dejaron preso en una finca y después me llevaron donde estaban Fidel y Raúl en un lugar llamado Arroyo Blanco, entre Palma Soriano y Aguacate, en la finca de Juan García. Oriente era todo territorio rebelde. En la carretera no se podía mover nadie y ellos controlaban el campo. No había línea de ferrocarril porque habían destruido los puentes.

Nací el 20 de octubre de 1914, estuve 25 años en el ejército. Del 59 al 62, estuve preso en Isla de Pinos. Estuve preso 4 años.

Sinceramente, los familiares de los mártires del Moncada, por lo que leo aquí, en vez de bendecir a Fidel debían odiarlo, porque el único que podían condenar por la muerte de sus familiares era el propio Fidel, porque fue el hombre que los llevó a que los mataran allí.